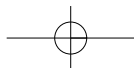
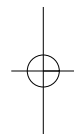
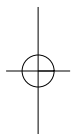


Obama

La voz del cambio

eSediciones



Obama

La voz del cambio

Jerónimo Andreu

eSediciones

Obama, la voz del cambio

© Jerónimo Andreu, 2009

e-mail del autor: jeroni3o@yahoo.com

© Actis production S.L., 2009

Calle Alto del León, 3-2ºB

28038 Madrid

Teléf.: 915 308 554 - Fax: 913 281 032

www.esediciones.es

info@esediciones.es

Diseño de colección: Alejo Ruocco

Ilustración de portada: Iván Solbes

Servicios editoriales: Actis

ISBN: 978-84-936773-3-6

Depósito Legal: XXXXXXXXXXXXXXX

Impresión: Creapress

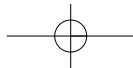
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito del editor.

Impreso en España

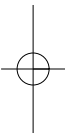
Índice

INTRODUCCIÓN	7
1. CRONOLOGÍA	11
2. EL RELATO	15
2.1 El hijo de dos nómadas	15
2.2 La formación del líder	25
3. EL HOMBRE PÚBLICO	43
3.1 El impacto del <i>best seller</i>	46
3.2 Los inicios. El Senado de Illinois	50
3.3 La lección de la primera derrota	57
3.4 La gran batalla de las primarias demócratas	63

4. OBAMA Y MCCAIN, EL ENCUENTRO	73
DE DOS FABULOSOS RELATOS	
4.1 El efecto <i>Palin</i>	76
4.2 Estados Unidos frente a la crisis	80
5. LOS RETOS DE OBAMA	91
5.1 El regreso de las políticas sociales	93
5.2 El rompecabezas de la política exterior	98
PARA SABER MÁS	105

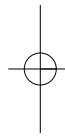


Introducción



Una noche, Sidney Poitier apareció con una botella de vino y una sonrisa. Contorsionándose por la mirilla de una amable comedia de Hollywood, *Adivina quién viene a cenar esta noche*, un negro de maneras suaves, ni sumiso ni rabioso revientacristales, entraba en casa de los estadounidenses y les demostraba que tenía modales para sentarse en su mesa y hasta para convertirse en su yerno. Cuarenta años después, con el postre y el café aún servidos, el hombre negro ya está listo para ser presidente.

Un cambio que ni los más optimistas defensores de los derechos civiles incluían en su programa. Por eso, el 4 de noviembre de 2008, Kofi Annan, guineano y ex secretario general de las Naciones Unidas, escribió un telegrama en el que agradecía al hombre negro haberle permitido asistir a algo que «no creía poder ver en vida». Barack Obama, el destinatario de la felicitación, un candidato de cuarenta y siete años, consagrado por las generalizadas ansias de un futuro distinto, había terminado con una



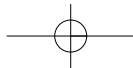
sucesión de cuarenta y tres presidentes estadounidenses blancos. No lo hizo proponiendo una ruptura con la tradición política del país; al contrario, había intentado ponerse en la estela de Abraham Lincoln, el presidente que más abiertamente luchó por la reconciliación de los norteamericanos.

En puridad, Obama no es negro, sino mestizo, un matiz que resulta irrelevante en un país en el que la negritud es más un condicionante socioeconómico que una característica dérmica. La tasa de paro en la comunidad representa el doble que entre los blancos. En 1970, el treinta y cuatro por ciento de los negros estaba por debajo del umbral de la pobreza, hoy el cuarenta. Su esperanza de vida es de sesenta y ocho años, frente a la de setenta y dos de los blancos.

Todos estos datos raramente los sacó Obama a relucir en la campaña presidencial. En primer lugar porque su opción estratégica fue la de presentarse como el candidato de la reconciliación nacional, no sólo de negros y blancos, también entre liberales y conservadores, republicanos y demócratas. En segundo, porque, aunque Obama no parece un político corto de ideas, su ascenso al poder se ha sustentado, más que en argumentos intelectuales, en la habilidad narrativa con la que ha articulado el relato de su vida como una fábula abierta a las más atractivas lecturas simbólicas. El demócrata ha convertido la historia de su crecimiento personal y la de su país en una sola, logrando convencer a los norteamericanos de que él, como los Estados Unidos, ha nacido para la gloria.

Desde muy pronto, Obama tuvo claras sus aspiraciones políticas. Con poco más de cuarenta años había escrito dos volúmenes autobiográficos que relatan el periplo de un mulato nacido en Hawai que llega a la primerísima línea de poder partiendo de lo más bajo de la cadena alimenticia. En el prefacio de *Sueños de mi padre*, sus memorias de juventud, explica cómo había empezado a escribir un libro que recopilaba sus reflexiones sobre los conflictos raciales, para terminar dándose cuenta de que, si su mensaje podía llegar al lector, era sustentado por la fuerza evocativa de su propia biografía. Fue un descubrimiento determinante que le iluminó sobre el inmenso rédito que suponía convertir su experiencia personal en tarjeta de presentación política.

Más allá de este Obama casi mitológico al que se conoce por lo que él cuenta de sí mismo, aparece el gestor político con una trayectoria pública que arranca con el puesto de senador estatal en Illinois, pasa por el Senado de Estados Unidos y se proyecta hacia la presidencia. Es el Obama que vive en las declaraciones a la prensa, en el testimonio de sus amigos y rivales, en sus intervenciones en las primarias demócratas y en la campaña presidencial. Es el Obama que el 20 de enero de 2009 se convierte en el primer negro en dirigir la nación más poderosa del mundo. Su relato seguirá escribiéndose a partir de ahora bajo la lupa de un mundo sediento de historias, pero también de transformaciones de mayor relevancia.

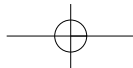


1. Cronología

- 4 de agosto de 1961: nace Barack Hussein Obama en Honolulu.
- 1964: se divorcian sus padres, Stanley Ann Dunham, estadounidense, y Barack Obama, keniano. El motivo de la separación es el regreso en 1963 del padre a Kenia. Obama apenas volverá a verle.
El mismo año nace en Chicago Michelle Robinson, futura esposa de Obama.
- 1967: se traslada a Yakarta con su madre y su nuevo marido, Lolo Soetoro, un indonesio.
- 1970: nace su hermana Maya Soetoro-Ng.
- 1971: para completar su educación, regresa solo a Hawai y se instala con sus abuelos. Encuentro con su padre, que viaja a Estados Unidos por razones médicas. Poco después, Ann Dunham se volverá a divorciar y se reunirá con él en Honolulu; vivirá allí tres años, tras lo que se instalará finalmente en Indonesia para dedicarse a la antropología.
- 1979: comienza la universidad en Los Ángeles.

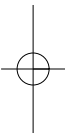
- 1982: estudiando en Columbia, Nueva York recibe la noticia de la muerte de su padre.
- 1983: se gradúa en Ciencias Políticas.
- 1985: durante tres años es trabajador social en barrios degradados de Chicago.
Entra en contacto con la Iglesia Trinitaria del reverendo Jeremiah Wright.
- 1988: viaja a Europa y después a Kenya.
Ingresa en Harvard para estudiar Derecho.
- 1989: conoce a Michelle Robinson trabajando para el bufete de abogados Sidney Austin de Chicago.
- 1990: en la Escuela de Leyes le eligen el primer presidente negro de la prestigiosa *Harvard Law Review*.
Un editor de Nueva York le propone un contrato para escribir un libro sobre las diferencias raciales. Se convertirá en el primer volumen de sus memorias: *Sueños de mi padre*.
- 1991: se doctora *magna cum laude* en Derecho.
- 1992: dirige el Illinois Project Vote.
Da clases de Derecho Constitucional en la Universidad de Chicago
Se casa con Michelle Robinson.
- 1995: publica sus memorias
Muere su madre de cáncer con cincuenta y dos años.
- 1997: es elegido senador estatal de Illinois.
- 1998: nace su primera hija, Malia Ann.
- 2000: fracaso en su intento de ganar las primarias demócratas para convertirse en candidato al Congreso de Estados Unidos.

- 2001: nace su segunda hija, Natasha.
- 2004: lee la *Keynote Adress* en la Convención Nacional Demócrata, la intervención que precede a la nominación de John Kerry como candidato a la presidencia del país.
Gana un puesto en el Senado de Estados Unidos.
- 2007: anuncia en Springfield (Illinois) que se presenta como candidato a las elecciones presidenciales de 2008. Su principal rival en las primarias demócratas es Hillary Clinton.
- 3 de enero de 2008: victoria en los *caucuses* de Iowa e inicio de la *obamamanía*.
- 28 de agosto de 2008: nominación en la Convención Nacional Demócrata como candidato a la Casa Blanca en competición con el republicano John McCain.
- 4 de noviembre de 2008: victoria en las elecciones a la presidencia de Estados Unidos.



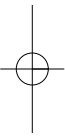
2. El relato

2.1 El hijo de dos nómadas



Stanley Dunham, el abuelo materno de Obama, creció en El Dorado, Kansas. Nunca dio la impresión de saber muy bien qué quería hacer de su vida, lo único que parece seguro es que necesitaba huir. Se echó sus pertenencias a la espalda, convenció a Madelyn, su mujer, e hizo lo que mejor caracteriza a un estadounidense errante: lanzarse a la conquista del Oeste. Primero California, luego Seattle, finalmente las islas del Pacífico.

Al otro lado del Atlántico, Husseyn Onyango, el abuelo paterno de Obama, se movía también hacia el oeste, y por razones similares. Dejó la aldea de su padre y adoptó la apariencia y las costumbres de los inquietantes blancos que dominaban Kenia. En la II Guerra Mundial incluso se alistó al Ejército británico como cocinero. Admiraba la capacidad de organización y la disciplina del blanco. Aun así, fue un hombre cumplidor con las tradiciones tribales, entre ellas la poligamia y el férreo patriarcado. Era temperamental, inquieto y ambicioso, lo mismo que Stanley.



Los hijos de estos dos hombres fueron testigos de la frustración que siempre arrastraron sus progenitores, pero no lograron escapar a su mismo destino itinerante. Stanley Ann, una niña con el nombre del varón que a su padre le hubiera gustado que fuera, acompañó a Stanley desde Kansas a Hawai, donde conoció a Barack, el hijo de Husseyn que vivía temporalmente en Estados Unidos con una beca. De su breve romance nació Barack Junior. Luego volvieron a perderse; Ann en sus estudios de antropóloga y en nuevos romances, Barack de regreso a África.

En su biografía *Sueños de mi padre*, Obama se muestra conmovido por esa impronta de insatisfacción nómada en los que le rodearon. De su abuelo dirá: «el suyo era un carácter americano, el típico de un hombre de su generación, individuos que abrazaron la noción de libertad y de individualismo y los caminos abiertos sin conocer siempre el precio que les tocaría pagar». Efectivamente, Stanley Dunham se sintió toda su vida decepcionado por haber acabado en Hawai con el mismo trabajo de vendedor de seguros que podría haber tenido en la ciudad de la que huyó. Le gustaba escribir poesía y escuchar jazz, y vivía preso de ataques de furia que le alejaban de su mujer y su hija.

Pero por encima de todas, la figura que obsesionó durante años a Barack Obama fue la del padre ausente. Representaba una fuerza repulsiva a la vez que un modelo: el africano carismático, pastor de cabras en su infancia, brillante, mujeriego, machista, caótico y autodestructivo. Barack padre tuvo muchas mujeres, seis hijos y una hija. Abandonó a su primera esposa, embarazada y con un

niño, para irse a estudiar econometría a Estados Unidos con una beca. Con veintitrés años llegó a la Universidad de Hawaii. Allí alcanzó gran popularidad por su carácter extravertido y su inteligencia. En clase de ruso conoció a Ann Dunham, entonces de dieciocho años y decidida a prescindir para siempre del nombre de Stanley. Se casaron en Maui en 1961, con ella ya embarazada de tres meses de Barack hijo.

Cuando el niño tenía un año, el padre se trasladó a Harvard para un máster en Economía. También había sido aceptado en la universidad de Nueva York con una ayuda lo suficientemente generosa como para permitirle mudarse con mujer e hijo, pero prefirió no renunciar a Harvard. Su propósito era formarse para volver a Kenia. Cuando terminó los estudios, de mutuo acuerdo, él y Ann decidieron que ella no le seguiría. Se divorciaron en 1964.

El regreso le resultó en principio dulce. Con su prestigiosa educación, Barack padre obtuvo un puesto primero en la petrolera Shell, luego pasó al Ministerio de Turismo con la intención de desarrollar una carrera política. Se volvió a casar con una norteamericana, Ruth. Los buenos tiempos duraron poco; Barack comenzó a chocar con creciente violencia con funcionarios de la etnia gobernante, los kikuyo, enemiga de los luo, a los que él pertenecía. Eran los años de las nacionalizaciones después del gobierno colonial. El traspaso de poderes se hacía con grandes tensiones entre las etnias y era operado por burguesías locales no siempre bien formadas y, por lo general, con escasa conciencia del bien público.

Jomo Keniatta, kikuyo, el primer presidente de la Kenia libre, apartó a Obama de la Administración y de los lujos con los que se había acostumbrado a vivir. El Gobierno se ocupó de que nadie le diera trabajo a pesar de su diploma estadounidense. La ruina no le impidió continuar viviendo a un ritmo que pronto no pudo permitirse. Arruinado y estigmatizado, se dio a la bebida y acabó convertido en un ser bilioso y depresivo. Su decadencia sólo la frenó la muerte en un accidente de tráfico a los cuarenta y seis años.

En las antípodas de ese hombre arrollador se encuentra Ann. Una mujer tan inocente como inquieta. Por dos veces se enamoró de estudiantes de países lejanos y exóticos. Ambos matrimonios fracasaron y Ann siempre terminó necesitando la ayuda de sus padres para cuidar a sus hijos. En un perfil de la revista *Time* escrito por Amanda Ripley, la hija pequeña de Ann, Maya, la describe como «una mujer que lloraba mucho. Tanto si veía animales tratados con crueldad, como niños en el telediario o una película triste. También si sentía que no la estaban entendiendo en una conversación».

Con unos dieciséis años, poco antes de mudarse a Hawai, le marcó terriblemente la película *Orfeo Negro*, del francés Marcel Camus. Años después, cuando arrastró a su hijo Barack a una sala donde la proyectaban, éste experimentó un fuerte desagrado por la imagen que ofrecían los negros de la cinta. Obama se sintió violentado por la fruición con la que su madre devoraba los planos de edulcorado exotismo, por la pasión que demostraba

ante los protagonistas, hombres negros idealizados como buenos salvajes. En ese momento comprendió la sed de fantasía que había guiado a su madre en muchas de sus decisiones, una chica de clase media que intentaba escapar de las convenciones propias de un ambiente pueblerino y segregacionista.

A pesar de ese carácter impresionable, todos los que rodearon a Ann destacan su inteligencia penetrante y un coraje que frisaba lo temerario. Su decisión de casarse con Barack padre requería no poco aplomo. Aunque el matrimonio interracial era legal en Hawái, estaba prohibido en muchos otros Estados. Las bodas entre hawaianas blancas y asiáticos eran relativamente comunes, pero absolutamente marginales las de negros y blancas. Al fin y al cabo, la segregación en las escuelas públicas sólo se había abolido en Estados Unidos en 1954, cuando Ann tenía doce años.

El mismo coraje revela su divorcio, que la dejó sola con un niño mestizo, una perspectiva poco edificante en los sesenta. A los veintiún años, Ann ya había roto tantos tabúes como para darse por satisfecha llevando el resto de su vida una existencia convencional. En cualquier caso, su situación no era sencilla: sufría muchas apreturas económicas, a pesar de lo que decidió regresar a la universidad, dejando que gran parte del peso de la educación de Barack recayera en sus abuelos. En la universidad consiguió su graduación y encontró a otro hombre de un perfil al menos tan poco común como el de Barack padre. Se enamoró de Lolo Soetoro, un afable estudiante indonesio que congenió bien con los padres de Ann y con el pequeño Barack.

En 1967, Ann y Lolo se casaron, y poco después se mudaron a Indonesia con el niño. Era la primera vez que Ann viajaba fuera de Estados Unidos. Llegó a Yakarta sin conocer prácticamente nada del país y de su convulso momento político, justo unos meses después del establecimiento del *Nuevo orden* del general Suharto y del inicio de la campaña de exterminio de cientos de miles de sospechosos de ser comunistas.

La casa de Lolo estaba en un barrio sin electricidad ni calles asfaltadas. Ann y Barack eran los únicos extranjeros. En su jardín tenían pollos, un mono y dos pequeños cocodrilos. Obama vivió en Yakarta unos años tranquilos. Aprendió indonesio en seis meses y pasaba las tardes jugando y cazando grillos con sus vecinos. Su experiencia de integración en un ambiente cultural tan distinto y el contacto con la pobreza extrema son dos elementos extremadamente peculiares en la biografía de un presidente estadounidense. También lo es el poco peso que la religión tuvo en su educación; su padrastro era musulmán, pero Ann y Barack continuaron sin interesarse por ningún culto.

Lolo comenzó a ascender dentro de una petrolera estadounidense. Paralelamente, Ann iba sintiéndose cada vez más fascinada por la cultura indonesia y rehuía el trato con los norteamericanos que frecuentaba Lolo, de los que le disgustaba su esnobismo colonialista. La pareja comenzó a distanciarse a pesar del nacimiento en 1970 de su hija Maya Soetoro-Ng.

Obama se levantaba cada día a las cuatro de la mañana para seguir con su madre cursos complementarios a los

de la escuela local. Aun así, Ann acabó decidiendo que lo mejor para el niño sería que completase su formación en Estados Unidos, por lo que en 1971, cuando tenía diez años, lo envió de vuelta a Honolulu con sus abuelos.

La decisión fue dura para toda la familia. Obama ingresó en Punahou, una escuela de elite donde le costó ser aceptado por el resto de alumnos. Le pesaban su «nombre gracioso» y cierta inadaptación a las costumbres de los niños de su edad. Por ejemplo, como buen indonesio de adopción, prefería el bádminton y el ajedrez al fútbol americano.

A pesar de estar de regreso en casa, su educación continuó siendo bastante poco convencional. En sus memorias relata cómo su abuelo solía arrastrarlo al distrito rojo de Honolulu para que le hiciera compañía mientras bebía en bares decorados con dibujos pornográficos «y personajes de Disney en posiciones comprometidas».

Un año más tarde, Ann regresó a Hawai con Maya para inscribirse en un posgrado de Antropología. Lolo se quedó en Indonesia, pero continuó visitándoles durante años. En 1980 la pareja se divorció, aunque las relaciones nunca dejaron de ser cordiales.

Por aquella época, Barack padre hizo una breve aparición en la existencia de su hijo. Fue la única vez que volverían a verse. Recaló en Hawai como parte de un viaje a Estados Unidos que formaba parte del proceso de recuperación después de un accidente de tráfico. Fue una experiencia conflictiva para el niño: por una parte quedó admirado por el carisma de aquel hombre extraño, y al mismo

tiempo sufrió cierta repulsión ante su carácter autoritario y puntilloso. En una foto tomada durante la visita se distingue a un Obama de doce años, rollizo y con sonrisa exultante, agarrado al saco de huesos de su padre. Barack padre visitó la escuela Punahou y dio una charla sobre África que maravilló a los compañeros de clase de su hijo, que señala aquel momento como un episodio clave en su reconciliación con sus raíces. Obama también experimentó en carne propia los ataques de furia de su padre y quedó impresionado por su capacidad para alterar los nervios de las personas que le rodeaban. Sea como fuere, continuaron manteniendo después de aquel viaje una intermitente correspondencia que, aunque en ocasiones se acercara a la gelidez, duraría hasta la muerte del padre.

Después de tres años subsistiendo con becas estudiantiles y dos niños en un pequeño apartamento de Honolulu, Ann decidió regresar a Indonesia para el trabajo de campo de su doctorado. Maya siguió a su madre, pero Barack, con catorce años, prefirió quedarse en Estados Unidos disfrutando de la autonomía que le ofrecían sus abuelos.

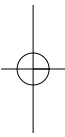
Los años de adolescencia fueron complicados para él, según relata en sus memorias. Su sensibilidad racial se había despertado a consecuencia de un anuncio de crema para blanquear la piel que encontró siendo muy pequeño en una revista. Fue por esos mismos días que descubrió en una biblioteca pública de Honolulu los rasgos característicos de los luo, la etnia de su padre: «criaban cabras, vivían en chozas de barro y se alimentaban con maíz, batata y algo que se llamaba mijo», recogió en *Sueños de mi padre*.

«Su traje tradicional era un pareo de cuero que cruzaba la entrepierna. Dejé el libro abierto encima de la mesa y salí sin despedirme siquiera del bibliotecario». El encuentro con su progenitor calmó algo el sentimiento de inferioridad que había surgido en él, pero pronto volvió a quedarse solo con sus cuitas.

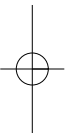
Barack comenzó a sentirse incómodo. Mientras sus compañeros de instituto elegían identificarse como surfers, rockeros o empollones, él consideraba que no le quedaba más alternativa que comportarse como la caricatura de un adolescente negro que jugaba al baloncesto. Poco a poco fue restringiendo sus amistades a chicos negros con el mismo sentimiento de reclusión y afición por la lectura de Malcom X.

La biografía de Obama se detiene con solemnidad dramática en los momentos de confusión de su adolescencia. Con una visión muy literaria de los hechos, describe lo cerca que se sintió de perderse en las drogas y en el estado de autocompasión al que parecía destinado un mulato proveniente de una familia desestructurada. «Yonqui, fúmeta. Hacia eso me había encaminado: el rol final, fatal del muchacho que pretendía ser negro», explica con amargura. Como todo arrepentido, Obama se detiene con delectación sobre su pasado para cuestionarse por las razones que le empujaron a beber, fumar marihuana y probar la cocaína. «Me colocaba porque quería ahuyentar las preguntas que me atormentaban. ¿Qué significa ser mestizo? ¿Por qué los blancos me consideraban un negro y los negros me miraban con desconfianza?». La única opción

válida le parecía atrincherarse en un difuso rencor. «Y la ironía final es que si te negabas a aceptar la derrota y te enfrentabas a ellos, tenían un nombre para ti: paranoico, extremista». Un día, en el cenit de su confusión, se escondió junto a un amigo y una jeringuilla de heroína. Estuvo palpándose el brazo en busca de una vena, pero en el último instante, como todo héroe cuando el abismo se abre bajo él, fue capaz de lanzar una patada que le llevaría tras una larga travesía submarina a emerger a la superficie de la consciencia política.



La narración de estos años está presidida por un propósito de redención: ése no era el camino. Fue al llegar a la universidad en Los Ángeles cuando Obama comenzó a preocuparse por transformar el malestar individual en compromiso colectivo. Poco a poco abandonó el apelativo de Barry por el que hasta entonces se daba a conocer para comenzar a presentarse como Barack. Intensificó sus contactos con afroamericanos militantes y asumió su discurso reivindicativo, a menudo teñido de autocompasión. Obama se recuerda en esos años como un joven de apetitos contraculturales que frecuentaba circuitos marxistas y feministas, que vestía chaquetas de cuero y pasaba noches bebiendo y discutiendo sobre el colonialismo y Franz Fanon.



Sin embargo, pronto se dio cuenta de que su historia era demasiado peculiar para que nadie le confundiera con un Pantera Negra. En primer lugar estaba la evidencia de que no era un afroamericano descendiente de esclavos, sino el hijo de una mujer blanca de Kansas y un economista

keniano. Y había cosas que le apartaban aún más decisivamente del itinerario de sus rabiosos camaradas: su educación esmerada, el conocimiento del mundo que le habían proporcionado sus viajes... Obama podía atribuirse ciertos galones en la escala de agraviados por el hombre blanco —al fin y al cabo su familia paterna había servido a los ocupantes británicos de Kenia—, pero era consciente de que resultaba una estafa íntima considerarse uno de esos chicos de barrio vapuleado por el sueño americano.

Ante la evidencia de que su vida, para bien o para mal, era diferente, el discurso de Obama comenzó a distanciarse del victimismo negro más simplista.



2.2 La formación del líder



Cuando le llegó el momento, Barack se decidió a recorrer el itinerario contrario al de su abuelo materno: de Hawai saltó al continente, a la universidad de Los Ángeles, donde pasó dos años; luego continuó hacia el Este, poniendo tierra de por medio entre él y la colección de sueños rotos de su familia. Acabó en Chicago, adoptando todo lo que su abuelo y su madre habían rechazado: la estabilidad sentimental, las tradiciones y, por supuesto, el peso de una comunidad que arropaba a los suyos pero también vigilaba sus sueños mientras dormían. Obama quería un ancla con la historia y el mundo, y la encontró en las sucias calles de Chicago.